

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

La naturaleza de la liturgia a la luz del Catecismo de la Iglesia Católica

Andrés Di Cio^{1*}

Presentación en el Simposio con motivo de los 30 años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica (20 de julio de 2022 – Iguazú, Misiones). Este escrito fue terminado antes de que el Papa Francisco publicara la Carta Apostólica Desiderio desideravi, que ofrece abundantísimo material para la profundización litúrgica.

La baja participación litúrgica, tal como se evidencia en buena parte de Occidente, permite deducir la poca relevancia que el cristianismo contemporáneo concede a la celebración de la fe. Como dice Jesús en el Evangelio: “donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón” (Mt 6,21). Las razones detrás de este triste fenómeno son múltiples, pero quizás la más importante de ellas sea una comprensión deficiente de lo que significa celebrar el misterio cristiano. Por eso quisiera recordar, de la mano del Catecismo de la Iglesia Católica, algunas nociones fundamentales que hacen a la liturgia cristiana.

El esquema de mi exposición es sencillo. En un primer momento se contempla el *misterio* cristiano, cuyo centro es la pascua de Jesús nuestro Señor (CCE 1076-1134). Luego, en un segundo momento, se reflexiona sobre lo que significa *celebrar* ese misterio, desde una perspectiva tanto teológica-trinitaria como antropológica-elesial (CCE 1077-1209). El tercer momento es una breve conclusión en clave escatológica.

1. El Misterio cristiano

En materia litúrgica, el Catecismo de 1992 representa una feliz novedad. Porque el Catecismo Romano del concilio de Trento, promulgado en 1566, se concentraba casi exclusivamente en los siete sacramentos, para lo cual apenas anteponeía unas mínimas consideraciones generales sobre la noción misma de sacramento. Lo mismo ocurría con el Catecismo de san Pío X (1905) o el famoso Catecismo argentino de las 93 preguntas.² En cambio, el texto promulgado por san Juan Pablo II ofrece toda una sección inicial consagrada a la economía

^{1*} Sacerdote de Buenos Aires. Profesor de Teología Sistemática. Miembro de *Communio* Argentina.

² Siguiendo lo dispuesto en 1936, la Conferencia Episcopal Argentina promulgó en 1937 “El Catecismo de la doctrina cristiana”, que debía ser tenido como “único texto de enseñanza en todo el territorio de la República”. Este Catecismo, que entró en vigor el 1° de enero de 1938, ofrecía dos esquemas: *Primeras Nociones* (93 preguntas) y *Perseverancia* (393 preguntas).

sacramental. Precisamente esta sección es la que me interesa explorar. En ella, la celebración de la Iglesia queda oportunamente enmarcada e insertada en la historia de la salvación.³

Ya en el número 236 se había establecido la distinción fundamental, elaborada por los Padres griegos, entre *Theología* y *Oikonomía*, o sea, entre el misterio de Dios en sí mismo y el misterio de Dios de cara a la creación. La *Oikonomía* alude al designio salvífico de Dios que se despliega en la historia. El Dios judeocristiano no está al margen de los hombres, sino que se relaciona con ellos dándose a conocer de diversas maneras. La historia es “economía” porque no consiste en una sucesión arbitraria de hechos inconexos, sino que es el fruto de una “administración” sabia y amorosa que culmina en Cristo, especialmente en su pascua.

El Catecismo comienza la parte dedicada a la celebración de la fe evocando la “economía del misterio”,⁴ porque precisamente de eso trata la liturgia. La Iglesia celebra la obra de Dios en la historia, principalmente el misterio pascual por el que Cristo nos salvó. Pero debemos advertir, a su vez, que *ese misterio es en sí mismo una liturgia*. Haciendo tuyas las palabras del Concilio Vaticano II, el Catecismo enseña que Cristo no sólo obró la redención humana sino también la perfecta glorificación de Dios.⁵ Efectivamente, en Cristo se realiza plenamente nuestra reconciliación y se nos da la plenitud del culto divino.⁶ Esta verdad puede ilustrarse mediante diversos testimonios. Quizás el más impresionante de todos sea el de la Carta a los Hebreos, que desarrolla metódicamente la identidad sacerdotal de Jesús.⁷ El autor muestra la impostación litúrgica de la vida entera de Jesús, particularmente su muerte y su resurrección. Pues la crucifixión en el monte Calvario no fue sólo el asesinato de un hombre, inocente por cierto, sino ante todo la ofrenda personal del Hijo de Dios encarnado. En otras palabras: la pasión fue a la vez, y más que nada, acción, sacrificio existencial que borra los pecados. Y por su resurrección-ascensión, Jesús está sentado a la derecha de Dios, como mediador de la nueva alianza. Él vive eternamente de cara al Padre como intercesor nuestro. Él es el gran liturgo, “el sumo sacerdote que necesitábamos: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado por encima del cielo” (Hb 7,26; cf. 7,25; 8,2.6).

³ Cf. CCE 15; 1066-1209.

⁴ Cf. Ef 3,9; CCE 1066.

⁵ Cf. CCE 1067; SC 5.

⁶ Cf. SC 5.

⁷ Cf. A. VANHOYE, *SACERDOTES ANTIGUOS, SACERDOTE NUEVO* (SALAMANCA: SÍGUEME, 2002).

El carácter cultual del misterio de Cristo podría explicarse con muchos otros pasajes del Nuevo Testamento. Pero por cuestiones de tiempo resumo la cuestión en una frase sencilla pero elocuente de Joseph Ratzinger: “Jesús murió rezando”.⁸

Lo dicho hasta aquí permite entender la íntima relación que existe entre historia y liturgia. Y no sólo en lo que respecta a Cristo, sino a lo largo de toda la economía de la salvación. En primer lugar, porque Cristo es alfa y omega, principio y fin; todo fue creado en Él y todo subsiste en Él; en Él se recapitula todo: pasado, presente y futuro.⁹ ¿Cómo podría entonces algún acontecimiento no ser en cierto sentido litúrgico, si confesamos que todo fue asumido por el Sumo Sacerdote Jesucristo? En segundo lugar, porque la creación lleva en sí, desde su origen, una impronta litúrgica. Para el que sabe oír, es evidente —como dice el salmista— que el mundo canta la gloria de Dios: “sin hablar, sin pronunciar palabras, sin que se escuche su voz, resuena su eco por toda la tierra, y su lenguaje hasta los confines de la tierra” (Sal 19,4-5; cf. v.1). En esta línea hay muchos otros textos, tanto de la Biblia como de la Tradición. Pero ahora me interesa explorar otra línea complementaria, asociada a la alianza.¹⁰

El primer relato de la creación sigue un esquema semanal, lo cual habla de Dios como Señor del tiempo, porque siete es el número de la fase lunar. Pero además es una referencia tácita a la alianza, porque en hebreo el término siete no sólo designa un número (*sheba*) sino que también remite a la acción de jurar (*shaba*), que es una condición indispensable de la alianza. De hecho, el relato culmina en el séptimo día, el sábado, día en que Dios descansó. Y así se expresa la orientación cultual de la creación: el fin de todo es la comunión con el Señor. Por eso Israel deberá honrar el sábado como signo de la alianza, reconociendo de esa forma que la creación está llamada a perfeccionarse en Dios. Un análisis más cuidadoso de Génesis 1 nos haría ver que “el autor ha compuesto un relato elegantemente balanceado de la *construcción de un templo* que señala la *orientación*

⁸ J. Ratzinger, *MIREMOS AL TRASPASADO* (Rafaela: Fundación San Juan, 2007), 24. La frase citada revela todo su sentido cuando se comprende que la oración es el centro y la clave de la vida y la persona de Jesús; cf. *Ibid*, 14-28; *Id.*, *EL CAMINO PASCUAL* (Madrid: BAC, 2005) 90-97; *EL DIOS DE JESUCRISTO* (Salamanca: Sígueme, 1976), 62-63, 76-79; *Id.*-Benedicto XVI, *JESÚS DE NAZARET II: DESDE LA ENTRADA EN JERUSALÉN HASTA LA RESURRECCIÓN* (Madrid: Planeta-Encuentro, 2011), 192-196; 267-279.

⁹ Cf. Ap 1,8; Col 1,15-20; Ef 1,3-14.

¹⁰ “La idea de una diversa orientación de culto (la «cós mica» y la «histórica») no carece totalmente de fundamento, pero es errónea cuando lleva a una contraposición excluyente”; J. RATZINGER, *EL ESPÍRITU DE LA LITURGIA* (ROSARIO: LOGOS, 2015), 22.

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

*litúrgica de la creación”.*¹¹

La correspondencia entre creación y alianza ha sido señalada por los más grandes teólogos del siglo XX.¹² El Catecismo, por su parte, ha hecho suya esta perspectiva: “La revelación de la creación es inseparable de la revelación y de la realización de la Alianza del Dios único con su pueblo. La creación es revelada como el primer paso hacia esta Alianza, como el primero y universal testimonio del amor todopoderoso de Dios” (CCE 288).¹³

Queda claro, entonces, que la historia no es ajena a la liturgia; del mismo modo que la liturgia no es ajena a la historia. Porque la salvación es un acontecimiento litúrgico, así como la liturgia es un acontecimiento de salvación.¹⁴ En relación con esto el Catecismo ofrece un dato esclarecedor: “La palabra «Liturgia» en el Nuevo Testamento es empleada para designar no solamente la celebración del culto divino, sino también el anuncio del Evangelio y la caridad en acto” (CCE 1070). En la perspectiva cristiana existe, sin duda, un ámbito específicamente litúrgico-cultural, pero en lo profundo todo está llamado a ser liturgia, es decir, glorificación a Dios. Este culto existencial es lo que san Pablo espera de los cristianos de Roma, como fieles discípulos de Jesús: “Por lo tanto, hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: este es el culto espiritual (*tèn logikèn latreían*) que deben ofrecer” (Rm 12,1). Los ritos piden ser consumados en la vida cotidiana, tal como hizo Jesús, que perfeccionó su entrega de la última cena mediante la entrega de la Cruz. Por eso el mandato del Señor “Hagan esto en memoria mía” tiene un doble sentido: supone celebrar la eucaristía tanto como ofrecerse por los demás en las pequeñas cosas de cada día.

La liturgia cristiana celebra el misterio de Cristo a fin de traducirlo en la propia vida. Y eso se corresponde con la lógica subyacente a la estructura del Catecismo, que desarrolla la celebración de la fe entre el Credo y los Mandamientos, o sea como puente entre la dogmática y la moral.

¹¹ J. BERGSMAN – B. PITRE, *A CATHOLIC INTRODUCTION TO THE BIBLE. THE OLD TESTAMENT*, 96. Cf. M. Kehl, *Und Gott sah, dass es gut war* (Freiburg: Herder, 2008), 123. Mencionamos algunos otros modos en que se expresa la íntima relación entre creación y alianza: la función litúrgica de los astros (Gn 1,14); la separación de las aguas que remite al éxodo de Israel; las 10 veces en que Dios “habla” (“y Dios dijo”), lo cual remite a las 10 “palabras” del Sinaí (mandamientos); las 7 veces en que Dios ve que la creación está bien; la condición sacerdotal del hombre, llamado a “cultivar y cuidar” el jardín, o “servir y guardar”, como debían hacer los levitas en la Tienda del Encuentro (y luego en el Templo de Jerusalén: Nm 3,5-8).

¹² Karl Barth, Hans Urs von Balthasar, Karl Rahner, Joseph Ratzinger, Walter Kern, entre otros.

¹³ Cf. CCE 280.

¹⁴ Cf. CCE 1068 (citando SC 2); 1069.

Para concluir este primer momento quisiera retomar la expresión “economía sacramental”. El Catecismo la explica en un sentido restringido, o sea, referida fundamentalmente a la comunicación de la gracia a través de los siete sacramentos de la Iglesia.¹⁵ Pero según lo visto hasta ahora, y en sintonía con el propio Catecismo, la economía sacramental tiene otro sentido más profundo. Porque los sacramentos cristianos son la expresión privilegiada de toda una economía salvífica, que se remonta al origen del mundo. Esa economía, ya se dijo, tiene su centro en Cristo, que se ha revelado como el Misterio de Dios. Él es el Gran Sacramento. Y dado que todo ha sido creado en Él, dado que todo encuentra en Él su razón de ser, no existe realidad que no sea de algún modo sacramental. Es de vital importancia tener presente esta segunda acepción de la economía sacramental, porque ella es el fundamento, el marco y el horizonte de la celebración de la Iglesia.

2. La celebración del misterio

La Iglesia celebra el misterio de Cristo insertándose en la dinámica de amor de la Santísima Trinidad. En palabras del Catecismo, la liturgia es “participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu”.¹⁶ Esto significa que la liturgia es una obra humana realizada en el marco de la obra divina. La iniciativa es de Dios, a quien los hombres bendecimos precisamente porque Él nos ha bendecido previamente en Cristo, tal como reza el himno inicial de la Carta a los Efesios.

Esta doble dimensión de la liturgia traduce la lógica de alianza que rige toda la economía de la salvación. Entre múltiples ejemplos, contamos con una magnífica expresión recogida por el Misal en las Plegarias eucarísticas sobre la reconciliación, donde la asamblea —presidida por el sacerdote— se dirige al Padre con estas palabras: “Te ofrecemos lo que Tú nos entregaste: el sacrificio de la reconciliación perfecta”. El descenso de Dios hace posible el ascenso del hombre. La liturgia cristiana celebra ante todo el don de Dios, que en Cristo se ha humillado para que el hombre fuera ensalzado. Este *admirable intercambio*, como decían los Padres de la Iglesia, sigue vigente en la liturgia aunque muchos cristianos no lo sepan. La celebración de la fe no es el recuerdo nostálgico de un pasado perdido, sino la presencia viva de Dios que camina en medio de su pueblo ofreciéndole, aquí y ahora, su salvación. Porque la memoria de la Iglesia no es simple recuerdo subjetivo sino memorial, es decir, memoria viva, evocación en el Espíritu Santo que hace presente el

¹⁵ Cf. CCE 1076.

¹⁶ CCE 1073.

pasado abriendo la puerta del futuro.¹⁷ Y como Cristo es *Emmanuel*, Dios con nosotros, celebrarlo a Él es celebrar también nuestra propia vida, atravesada por luces y sombras, alegrías y tristezas, gracias y pecados. Marko Iván Rupnik ofrece al respecto una sugerente reflexión:

“Una memoria que recuerda la pascua sabe que todas las cosas vuelven, pero no tal como han sido vividas, sino más bien transformadas, transfiguradas en el proceso de la redención, que es el proceso de la filiación universal en Cristo. No es ésta una memoria nostálgica, aunque haga regresar, porque hace que volvamos en Cristo al Padre, a la casa de aquél cuyas cosas se vuelven a encontrar, como le sucede al hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). Para él, en efecto, las cosas que vuelve a encontrar en la casa ya no son iguales a las que ha malgastado, someténdolas a su capricho, administrándolas a su voluntad. Todo ha cambiado, porque todo se convierte en una narración, en un relato: la revelación del amor del Padre”.¹⁸

Llegamos así a un momento clave en la comprensión de la celebración del misterio cristiano. La liturgia es el encuentro salvífico de Dios con su pueblo: es la boda del Cordero con su Esposa, la Iglesia; es allí, particularmente en la eucaristía, donde se da la comunión divino-humana que hace nuevas todas cosas (cf. Ap 21,5). Nuevamente con Rupnik:

“En la liturgia la memoria humana se une tan eficaz y realmente a la memoria de Dios, que hace presente aquello que recuerda (...) Sin la invocación del Espíritu Santo nuestra memoria permanece impotente, y por tanto, o se desangra en el olvido, o se esclerotiza nostálgicamente. En la liturgia, por el contrario, la memoria entra en la anamnesis y, con una sabiduría eclesial, es decir, con una racionalidad que piensa junto a los demás, y por tanto con una inteligencia del amor, dicha memoria logra reconocer la objetividad de Cristo celebrado como Señor y Salvador, que sin pausa continúa revelando al Padre en la historia y redimiéndonos de la esclavitud del pecado”.¹⁹

Digámoslo una vez más, aun a riesgo de ser cansadores: la liturgia es nuestra salvación. No es principalmente algo que nosotros hacemos por Dios, sino algo que Dios hace por nosotros. Celebrar la fe es dejarse tocar por la misericordia

¹⁷ El Catecismo (CCE 1130) hace suya la doctrina de Santo Tomás, para quien los sacramentos conmemoran el pasado (de la pasión de Cristo), manifiestan el presente (de la gracia) y anticipan el futuro (de la gloria); cf. STh III 60,3.

¹⁸ RUPNIK, *EL EXAMEN DE CONCIENCIA* (BUENOS AIRES: ÁGAPE, 2005), 48.

¹⁹ RUPNIK, *EL EXAMEN DE CONCIENCIA*, 49.

divina, que en Cristo sana nuestras heridas más dolorosas y colma nuestros anhelos más profundos. De allí que el Catecismo describa los sacramentos “como «fuerzas vivas» que brotan del Cuerpo de Cristo” (CCE 1116), en explícita alusión a la curación de la hemorroísa, la mujer que padecía flujos de sangre (cf. Lc 8,46). Pero la liturgia no sólo sana, sino que además eleva, haciendo realidad el deseo de Isaías: “Si rasgaras el cielo y descendieras” (Is 63,19). En la liturgia preparamos la gloria eterna, la gloria de la comunión para la cual fuimos creados. Pues así como el pecado significó la expulsión del paraíso, del mismo modo la liturgia nos devuelve el gozo de la presencia de Dios.²⁰

Habiendo considerado de manera elemental la dimensión teológica-trinitaria de la liturgia cristiana, demos un paso más intentando responder, como hace el Catecismo de la Iglesia Católica, cuatro preguntas fundamentales relativas a la celebración: ¿quién? ¿cómo? ¿cuándo? ¿dónde? En las respuestas quedará de manifiesto la dimensión antropológica-ecclesial de la liturgia.

2.1. ¿Quién celebra?

En relación al sujeto de la liturgia, el Catecismo empieza su desarrollo con una oración tan simple como precisa: “la liturgia es «acción» del «Cristo total»” (CCE 1136). La expresión *Cristo total* designa el misterio de la Iglesia, que existe siempre intrínsecamente unida a Cristo, de la misma manera que el cuerpo sólo existe unido a su Cabeza.²¹ En tanto esposos, Cristo y la Iglesia son una sola carne, una sola Persona mística que ora al Padre en el Espíritu.²² Por eso el Catecismo dirá apenas más adelante: “es toda la comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza quien celebra” (CCE 1140). Pues también en la liturgia se cumple aquello que Jesús comunicó a sus discípulos: “Separados de mí, nada pueden hacer” (Jn 15,5).

²⁰ Esto se refleja en las Plegarias eucarísticas II y III: “Te damos gracias por que nos haces dignos de ser virte en tu presencia” (II); “Atiende los deseos y súplicas de esta familia que has congregado en tu presencia” (III). Sobre esto, L.P. Hemming sostiene que en la liturgia no es Dios quien se llega al hombre, sino que el hombre es llevado a la presencia de Dios. No obstante, preguntamos: ¿se trata acaso de dos movimientos contradictorios? Cf. *WORSHIP AS A REVELATION* (LONDON: BURNS & OATS, 2008), 57.

²¹ Cf. Col 1,18; 2,19; Ef 1,10.22.

²² Cf. CCE1119. “Y como único mediador y redentor de los hombres Cristo es Cabeza de la Iglesia, Cristo y la Iglesia son una sola Persona mística, el Cristo total. Con atrevimiento escribe [San Agustín]: «Nos hemos convertido en Cristo. Pues si Él es la Cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total somos Él y nosotros» (*Tract. in lo*, 21, 8). Esta doctrina del Cristo total es una de las más queridas del obispo de Hipona y también una de las más fecundas de su teología eclesiológica”; JUAN PABLO II, CARTA APOSTÓLICA *AUGUSTINUM HIPPONENSEM*, 3.

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

Por otra parte, debemos tener presente que el cuerpo de Cristo es una realidad misteriosa, que no se reduce a los fieles congregados para una determinada fiesta. El sujeto de la liturgia es el pueblo bautismal en su conjunto, aunque no todos los miembros estén físicamente presentes; más aún, aunque no todos estén en este mundo. De hecho, nuestra liturgia aquí en la tierra es una participación de la liturgia en el cielo, donde la celebración es —como dice el Catecismo— “enteramente Comunión y la Fiesta” (CCE 1136). En otras palabras: los feligreses litúrgicamente congregados son la expresión visible de una realidad invisible que los sobrepasa.

Este misterio, atisbado en el libro del Apocalipsis, se relaciona directamente con la Ascensión del Señor, que marca el comienzo de la liturgia eclesial.²³ Los cristianos tenemos acceso al Padre en Cristo, que ha subido al cielo sin por ello abandonarnos. Ha subido como Pastor que lleva consigo el rebaño que le fue confiado. Ha subido como Sumo Sacerdote que intercede por nosotros, concediéndonos tener parte en la alabanza de los redimidos. La Carta a los Hebreos nos lo recuerda con un bendito estupor: “Ustedes, en cambio, se han acercado a la montaña de Sión, a la Ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial, a una multitud de ángeles, a una fiesta solemne, a la asamblea de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo, a Jesús, el mediador de la Nueva Alianza, y a la sangre purificadora que habla más elocuentemente que la de Abel” (Hb 12,22-24).

Volviendo a la dimensión visible de la liturgia cristiana, quisiera dedicar una palabra a la diversidad de oficios. Todos celebramos gracias al sacerdocio bautismal, aunque no de la misma manera. La diversidad de ministerios en la unidad de la fe expresa la naturaleza de la Iglesia y de la creación misma;²⁴ todo lo cual deriva, en última instancia, de la Santísima Trinidad, que es un misterio de comunión en el que cada persona divina ocupa su “lugar”, pues ellas se relacionan según un orden (*taxis*) que les es constitutivo.²⁵ Por eso, el hecho de que en la liturgia cada uno deba hacer “*todo y sólo* lo que le corresponde”,²⁶ responde a la lógica trinitaria del misterio de Dios.

²³ Cf. J. CORBON, *LITURGIA FONTAL* (MADRID: PALABRA, 2009), 62-64; ID., *LITURGIA Y ORACIÓN* (MADRID: CRISTIANDAD, 2004), 107; HEMMING, *WORSHIP AS A REVELATION*, 100-105.

²⁴ Esto ya fue advertido por el pseudo-Dionisio y por Máximo el confesor. Es “en la Eucaristía donde se manifiesta plenamente el sacramento de la Iglesia” (CCE1142).

²⁵ Lo que se quiere decir aquí es que precisamente el orden trinitario es lo que constituye a las personas divinas en cuanto tales, distinguiéndose unas de otras, en su respectiva originalidad.

²⁶ CCE 1144 (citando SC 28).

2.2. ¿Cómo celebra?

La Iglesia no celebra como a ella se le antoja, sino como Dios le manda. Esta obediencia litúrgica se remonta al culto de la antigua alianza. Basta pensar en la emblemática fiesta de la pascua judía. Como ha dicho en distintas ocasiones Joseph Ratzinger, “la liturgia no se «hace», sino que se acoge”.²⁷ Ella no es “elaborada” por las autoridades, sino que nos precede; por eso no está al arbitrio de nuestra libre disposición.²⁸ Por supuesto que esto no implica negar su desarrollo histórico a través de hombres concretos que fueron enriqueciéndola con su sensibilidad, pero siempre en la línea de un crecimiento orgánico a partir de un don fundante que procede de Dios. Celebrar es mucho más que asistir. Es, por usar una expresión del Concilio Vaticano II, participar de manera “consciente, activa y fructífera”, tal como corresponde a la comunidad de los redimidos.²⁹

El Catecismo enseña que la celebración de la Iglesia está “tejida” de signos, que conllevan distintos niveles de sentido. En primer lugar, el sentido creatural, ya que el hombre descubre en el cosmos y en su propia actividad signos que expresan dimensiones de su relación con Dios (la luz y la tiniebla, el agua y el viento, el cielo y la tierra; acciones como lavar, ungir, comer y beber). En segundo lugar, el sentido histórico-salvífico, ya que esos mismos signos son usados por Dios para expresar el misterio de la alianza, tanto la antigua como la nueva. Esta pedagogía divina culmina en la celebración sacramental de la Iglesia que, como sostiene el Catecismo, “presupone, integra y santifica elementos de la creación y de la cultura humana confiriéndoles la dignidad de signos de la gracia y de la creación nueva en Cristo” (CCE 1149).³⁰

Dado que la Iglesia celebra el Misterio de Dios manifestado en Cristo, es natural que su liturgia sea sacramental, o sea simbólica, de manera que el signo visible comunique la gracia invisible. Esta modalidad responde a la continuidad de la economía de la salvación, que es obra del único Dios: creador, redentor y santificador. En la liturgia Dios sale al encuentro de los hombres como lo hizo a lo largo de toda la historia, a saber, dialogando con ellos *a través de*

²⁷ J. RATZINGER, *OBRAS COMPLETAS XI* (MADRID: BAC, 2012), 288. Sería bueno dar a conocer mejor las raíces judías de la liturgia cristiana; cf. F. Voltaggio, *LAS FIESTAS JUDÍAS Y EL MESÍAS* (Madrid: BAC, 2018).

²⁸ Cf. J. RATZINGER, *OC XI*, 95. “Israel aprende a adorar al Señor en la forma querida por Él mismo”; *Ibid.* 9. “El hombre no puede por sí mismo «hacer» sin más el culto; se aferra a algo vacío si Dios no se manifiesta (...) la verdadera liturgia presupone que Dios responde y muestra cómo podemos adorarle”; *Ibid.*, 12.

²⁹ Cf. SC 11, 14; CCE1071, 1141.

³⁰ Cf. CCE1152, 1189.

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

acciones y palabras intrínsecamente unidas entre sí.³¹ Aquí damos con una dinámica profundamente humana y cristiana. Pues la perfecta comunicación pide la complementariedad de acciones y palabras, que se esclarecen mutuamente, reforzando así su capacidad expresiva. En otros términos: el signo sacramental le habla al hombre todo, que es cuerpo y alma. La palabra toca la inteligencia y el gesto toca la carne. Se trata, en el fondo, de la dinámica misma de la Encarnación. Como dice san Juan, “la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14).³²

Pero resta decir algo fundamental. Lo peculiar de la liturgia cristiana reside en que los sacramentos son *signos eficaces* de la gracia. Ellos hacen lo que dicen, y dicen lo que hacen. Existe, por tanto, una doble coherencia o circularidad. En primer lugar, entre gesto y palabra; pero además, entre la elocuencia del signo y la realidad de la gracia. Si la coherencia no se guarda, entonces el signo queda falseado: como cuando Judas besó a Jesús en el huerto. El signo decía amistad, pero en el fondo se trataba de una traición. Santo Tomás aborda explícitamente este tema en las cuestiones sobre el bautismo. ¿Qué pasa, se pregunta él, si alguno desea bautizarse con el propósito de persistir en su pecado? Su respuesta apela a la coherencia sacramental.

“... en los signos sacramentales no debe haber falsedad. Ahora bien, es signo falso aquel al que no corresponde la cosa significada. Pero el hecho de que una persona se presente para ser lavada en el bautismo significa que está dispuesta a la ablución interior, lo que no ocurre con quien tiene propósito de persistir en el pecado. De donde se concluye que a estos pecadores no se les puede dar el sacramento del bautismo” (STh III 68,4 co).³³

La sacramentalidad litúrgica exige tomar en serio los ritos, que no sólo expresan el amor eficaz de Dios, sino también el sincero compromiso del hombre por vivir el misterio celebrado. Precisamente sobre esta coherencia litúrgica-existencial llamó la atención el profeta Oseas, en un oráculo que luego sería asumido por el mismo Jesús: “Misericordia quiero, y no sacrificios” (Os 6,6; Mt 9,13). En esta misma línea es posible recordar la conciencia eucarística de san

³¹ Cf. DV 2; CCE 1153-1155.

³² La sacramentalidad de la liturgia no se reduce a los siete sacramentos, sino que comprende otros signos especialmente importantes, como las posturas y el canto, la música y las imágenes.

³³ En un sentido semejante, Benedicto XVI habló en *SACRAMENTUS CARITATIS* de la “coherencia eucarística”, cf. 83. La expresión fue recogida por el Documento conclusivo de Aparecida en el n° 436.

Juan Crisóstomo en relación a los pobres,³⁴ o la de san Agustín en relación al martirio.³⁵

2.3. ¿Cuándo celebra?

El tiempo es un regalo de Dios. Más aún, desde la Encarnación, como dijo el cardenal Karlic: “el tiempo es un adviento. No es algo que pasa. Es alguien que viene: Jesucristo, el Señor”.³⁶ Ciertamente, la Iglesia celebra en todo momento al Dios que con su presencia colma cada instante de eternidad.³⁷ Pero existen días especiales en que la memoria litúrgica se condensa, como el domingo, que abre la semana dejando entrar la luz nueva de la resurrección de Jesús. En este sencillo ejemplo, se expresa la comprensión cristiana del tiempo, que no es plana ni monocorde, sino que reconoce variaciones de intensidad.³⁸

En el contexto actual de secularización, es crucial devolverle al domingo su sentido religioso, lo cual está directamente relacionado con el mandamiento de santificar las fiestas, que no en vano es el tercero.³⁹ San Juan Pablo II advirtió este desafío con toda claridad, razón por la cual escribió la hermosa Carta apostólica *Dies Domini* (1998). Creo que todavía nos debemos una reflexión profunda sobre la importancia evangelizadora del precepto de la misa dominical, que evidentemente puede degenerar en una práctica estéril, autosuficiente, pero que en sí es fuente y culmen de la vida de la Iglesia.⁴⁰ Por otra parte, cabe

³⁴ “¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez”; S. JUAN CRISÓSTOMO, *HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO* 50,3; ID., *COMENTARIO A LA 2ª CARTA A LOS CORINTIOS* 20,3.

³⁵ “Los mártires se dieron cuenta de lo que comían y bebían, y por esto quisieron corresponder con un don semejante”; S. AGUSTÍN, *SERMÓN* 329.

³⁶ E. KARLIC, “DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO. MEDITACIÓN EN LA JORNADA ESPIRITUAL”, *APARECIDA (BRASIL)*, 14 DE MAYO DE 2007.

³⁷ Cf. Juan Pablo II, *Audiencia*, 10 de diciembre de 1997: “El hecho de que el Verbo de Dios se hiciera hombre produjo un cambio fundamental en la condición misma del tiempo. Podemos decir que, en Cristo, *el tiempo humano se colmó de eternidad*”. Para otras importantes consideraciones, cf. ID., *DIES DOMINI*. En la liturgia, la Iglesia entra en el “Hoy” de Dios vivo, que es el tiempo nuevo liberado de la muerte, la Hora pascual de Jesús Resucitado que atraviesa y guía toda la historia humana; cf. CCE1165; CORBON, *LITURGIA FONTAL*, 177.

³⁸ El domingo cumple el sábado judío, *día destacado* de la semana por el mismo Dios (cf. CCE1166-1167; 2175-2183). Debe recordarse, además, que los astros del cielo fueron creados para “señalar las fiestas” (Gn 1,14).

³⁹ El Catecismo cita el Código de Derecho Canónico (c. 1246 § 1) al decir que el domingo ha de observarse en toda la Iglesia “por tradición apostólica” (CCE 2177).

⁴⁰ Cf. SC 10; LG 11.

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

recordar que el domingo no se reduce a la Eucaristía, aunque encuentre en ella su centro. Celebrar el domingo también es mirar con nuevos ojos el descanso y la familia, la naturaleza y el trabajo, la cultura y el deporte.⁴¹ Y aquí se pone de manifiesto cómo la santificación del domingo es una gracia para la sociedad, aunque suponga algunos sacrificios. Termino este párrafo con una provocación: ¿se puede (ser cristiano) sin el domingo?⁴²

Una última consideración sobre cuándo celebrar la fe. De la misma manera que la semana tiene su centro en el domingo, así también el año tiene su centro en el triduo pascual.⁴³ El año litúrgico nos permite recorrer, progresivamente, pedagógicamente, los distintos misterios de la fe.⁴⁴ Y así la Iglesia, que es madre y maestra, también se revela como fiel administradora de la multiforme gracia de Dios, manifestada en Cristo Jesús.⁴⁵ El calendario litúrgico es el primer catecismo. Nuestra época necesita redescubrir esta verdad, esta perspectiva judía,⁴⁶ asumida por los Santos Padres en sus magníficas catequesis mistagógicas. La instrucción oral es imprescindible. El catecismo escrito también. Pero la liturgia sigue siendo el modo más perfecto de transmitir la fe.

2.4. ¿Dónde celebra?

Cristo es el Señor del tiempo y del espacio. Evocando su diálogo con la samaritana, el Catecismo enseña que “el culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4,24) de la Nueva Alianza no está ligado a un lugar exclusivo” (CCE1179). Dios

⁴¹ Cf. CCE 2184-2188.

⁴² La pregunta enlaza con la célebre respuesta de un mártir africano al procónsul Anulino. Las actas cuentan que el año 304, algunos cristianos fueron sorprendidos celebrando la misa en día domingo. Como esto constituía una desobediencia a la orden del emperador, fueron interrogados sobre el motivo de semejante osadía. Entonces uno de ellos, de nombre Emérito, contestó: *sine dominico non possumus*; o sea, sin el domingo, sin el sacrificio dominical, sin la eucaristía, no podemos (vivir); cf. *Pasión de los santos Saturnino, Dativo y compañeros o Pasión de los mártires de Abitina*, XII,1, en: J. Leal (ed.), *Actas latinas de mártires africanos* (Madrid: Ciudad Nueva, 2009), 330-331.

⁴³ Cf. CCE 1168.

⁴⁴ Cf. CCE 1171.

⁴⁵ Cf. 1 Pe 4,10: *ὡς καλοὶ οἰκονόμοι ποικίλης χάριτος θεοῦ*.

⁴⁶ “The catechism of the Jew consists of his calendar”; S.R. HIRSCH, *THE COLLECTED WRITINGS, VOLUMEN 2: THE JEWISH YEAR. PART TWO* (NEW YORK - JERUSALEM: FELDHIEB, 1997), 41. DEBO ESTA REFERENCIA A SCOTT HAHN.

se deja encontrar en cualquier rincón de la tierra, pero siempre en Cristo.⁴⁷ Porque el templo no es propiamente un edificio, sino una Persona: Jesús, en quien tenemos acceso al Padre por el Espíritu (cf. Jn 2,21; Col 2,9; Ap 21,22).⁴⁸ Los cristianos, sin embargo, consagramos ciertos espacios para celebrar mejor el misterio de la fe. Esto responde a la lógica de la Encarnación. Y al hecho de que la creación sufre todavía las consecuencias del pecado, de manera que las inclemencias no permiten un culto sosegado. Los templos cristianos procuran entonces recrear la armonía del Edén, cuando el mundo entero era un jardín incontaminado donde nada complicaba el diálogo con Dios.⁴⁹

Pero la mirada no está puesta fundamentalmente en el origen, sino más bien en el fin. Porque los templos son un pedazo de cielo en la tierra. El Catecismo comenta este sentido escatológico de la siguiente manera: “Para entrar en la casa de Dios, ordinariamente se franquea un umbral, símbolo del paso desde el mundo herido por el pecado al mundo de la vida nueva al que todos los hombres son llamados. La Iglesia visible simboliza la casa paterna hacia la cual el pueblo de Dios está en marcha y donde el Padre «enjuagará toda lágrima de sus ojos» (Ap 21,4)” (CCE 1186). Este simbolismo debe entenderse en sentido fuerte, es decir icónico-sacramental. Jean Corbon lo explica así:

“La iglesia de piedra o de madera donde entramos a participar en la Liturgia eterna es, ciertamente, un espacio de nuestro mundo, pero su novedad consiste en ser un espacio que estalla por la Resurrección (...) En su materialidad sensible, es el lugar mismo donde Cristo cumple su

⁴⁷ “Desde la tumba vacía a las puertas cerradas de la habitación alta, es el mismo misterio del universo nuevo el que comienza a manifestarse: el *no-lugar* de Cristo resucitado se convierte, por su victoria sobre la muerte, en el espacio nuevo de nuestro universo. Desde entonces, su Ascensión dilata el espacio de su Cuerpo incorruptible hasta que Él sea Todo en todos y la nueva creación sea consumada”; CORBON, *LITURGIA FONTAL*, 189.

⁴⁸ “Templo de Dios es realmente el cuerpo de Cristo, en el que se realizó la purificación de nuestros pecados. Templo de Dios es realmente aquella carne en la que no pudo haber contagio alguno de pecado, antes bien ella fue el sacrificio por el pecado de todo el mundo. En verdad fue templo de Dios aquella carne, en la que resplandecía la imagen de Dios y en la que la plenitud de la divinidad habitaba corporalmente, ya que el mismo Cristo es esa plenitud”; S. AMBROSIO, *COMENTARIOS A LOS SALMOS*, 47,16 (PL 14,1152).

⁴⁹ San Máximo el confesor sostiene que la iglesia cristiana es imagen del mundo. Se basa para ello en la división, por un lado, de un espacio reservado exclusivamente a los sacerdotes y servidores (coro o santuario), y por otro, de un espacio abierto a la multitud de los fieles (nave o templo). Se trata de dos ámbitos distintos, aunque íntimamente unidos, que conforman una misma iglesia. De la misma manera la creación se distingue entre mundo espiritual y mundo sensible. “Mediante la iglesia hecha por la mano del hombre se manifiesta, con sabiduría, que el mundo es iglesia de otro modo, no hecha por la mano del hombre”; *MYSTAGOGIA 2*. H.U. von Balthasar lo resume así: “Si la iglesia es un «mundo», entonces el mundo es una iglesia cósmica, cuya «nave» es la creación sensible y cuyo «coro» es el mundo de las realidades inteligibles”; *COSMIC LITURGY*, (S. FRANCISCO; IGNATIUS-COMMUNIO, 2003), 327.

¿Qué significa celebrar el misterio cristiano?

promesa y la espera de los hombres: la Casa del Padre (Jn 14,2) se nos abre en este espacio sacramental”.⁵⁰

Resta señalar el sentido eclesiológico de los templos. En tanto Cuerpo de Cristo, la Iglesia es el lugar donde se tributa culto a Dios. Ella se alza en medio de las naciones como un edificio espiritual formado por los bautizados, a la manera de piedras vivas (cf. 1 Pe 2,5; 2 Co 6,16). Los templos quieren entonces reflejar la belleza de la familia santa de Dios. En ellos se debe experimentar lo que la comunidad cristiana es, a saber: un ámbito sagrado que hace posible el encuentro con Dios; un ámbito de comunión fraterna, que acoge a todos por igual, cordialmente aunque sin por ello dejar de recordarles la dignidad a la que son llamados; un ámbito que sabe conjugar el silencio reverente y la alabanza jubilosa, la misericordia en las caídas y la gratitud en los aciertos.

Concluyo este apartado recordando que todas las dimensiones enunciadas están relacionadas entre sí. El templo es simultáneamente una realidad cristológica, eclesiológica, cósmica y escatológica; todo lo cual queda bien reflejado en la visión final del libro del Apocalipsis (Ap 21-22).

3. La liturgia como pedagogía salvífica

San Ireneo tiene un pensamiento que resume bien la propuesta cristiana: “la gloria de Dios es el hombre vivo; y la vida del hombre es la visión de Dios”.⁵¹ En otras palabras: Dios no resplandece en el hombre disminuido, sojuzgado y apagado, sino más bien en el hombre pleno, libre y despierto. La Iglesia no celebra para satisfacer o apaciguar a Dios, sino para experimentar más hondamente la comunión con el Señor de la vida. En la liturgia Dios se deja ver y tocar, para que el hombre caído pueda al fin ponerse de pie. Con todo, debe tenerse presente que se trata de un encuentro a media luz, “en enigma”, como dice san Pablo (1 Co 13,12).

Esta presentación empezó tomando conciencia de cuántos cristianos no participan de la celebración eclesial del misterio. Nuestro tiempo se parece en mucho a esa mujer del Evangelio, que habiendo gastado todos sus bienes en médicos, no había mejorado sino todo lo contrario: estaba peor (cf. Mc 5,25-26). Es hora de redescubrir la liturgia como la terapia divina en que nos dejamos

⁵⁰ CORBON, *LITURGIA FONTAL*, 189.

⁵¹ IRENEO, *ADVERSUS HAERESIS* IV,20,7. Recogido en CCE 294. “Si yo tuviera que elegir diez textos que han determinado la conciencia de la Iglesia en los últimos cincuenta años elegiría, entre los primeros, éste de san Ireneo: *Gloria enim...*”; O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *LA ENTRAÑA DEL CRISTIANISMO* (Salamanca: Sígueme, 1997), 296.

curar por Cristo. Y de asumir que en ella vamos aprendiendo, gradualmente, lo que significa ser ciudadanos del cielo.⁵² Porque la gracia no sólo sana la naturaleza herida, sino que además la perfecciona, elevándola a un modo de ser que no es de este mundo. La liturgia puede verse entonces como un entrenamiento santo, como una adaptación progresiva a lo que será nuestra felicidad eterna. ¡Y cómo lo necesitamos nosotros, hijos del activismo, con frecuencia más hermanos de Marta que de María! (cf. Lc 10,38-42). Terminó cediendo la palabra a san Luis Gonzaga, que ante la proximidad de su muerte escribió lo siguiente a su querida madre: “Esta separación no será muy larga; volveremos a encontrarnos en el cielo, y todos juntos, unidos a nuestro Salvador, lo alabaremos con toda la fuerza de nuestro espíritu y cantaremos eternamente sus misericordias, gozando de una felicidad sin fin”.⁵³

⁵² Cf. S. J.H. NEWMAN, “WORSHIP, A PREPARATION FOR CHRIST’S COMING”, EN: ID., *PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*, V,1 (S. FRANCISCO: IGNATIUS, 1997), 959-966.

⁵³ S. LUIS GONZAGA, *DE UNA CARTA A SU MADRE*, EN: *LITURGIA DE LAS HORAS: OFICIO DE LECTURAS DEL 21 DE JUNIO*.